

Taylor no es más que el último de las muchas víctimas que los buscavidas psíquicos dejan tras sus luminosos senderos. ¿Contribuirá el libro de Randi a que disminuya el número de víctimas en el futuro? Lo dudo. Las mentalidades de los creyentes genuinos llegan tan lejos que, aun cuando Uri estuviera dispuesto a confesarlo todo, no le creerían. ¿Recuerdan a Margaret Fox, que dio vida al espiritismo moderno chasqueando los dedos de sus pies? (Dicho sea de paso, sus rasgos faciales se asemejaban tanto a los que Uri que dan que pensar en la reencarnación.) Ninguno de los defensores de Margaret *la* creyó cuando confesó.

Uri dijo en una ocasión a Stefan Kanfer, de *Time*: «Randi tiene celos de mí porque soy joven y bien parecido y tengo un bonito pelo ondulado.»

«Bien —concluye Randi su libro—, ya no soy tan joven como preferiría ser, y la mayor parte de mi cabello me ha abandonado durante estos años, eso es cierto. Pero yo duermo muy bien, Uri.»

Anexo

Desde que escribí la recensión de *Superminds*, el profesor John Taylor se ha convertido en uno de los basculadores más rápidos y divertidos de la historia de la investigación psíquica. No solamente ahora considera a Uri un fraude, sino que además ha decidido que la PES y la PC no existen siquiera. En el capítulo 16 pueden leer mi apreciación del libro en el que Taylor formula esas retracciones, aunque con la ausencia notable de apologías o encomio alguno para aquellos escépticos que hicieron todo lo posible por impedirle hacer el borrico.

El nuevo libro de James Randi, *Flim-Flam!* (Lippincott & Crowell, 1980), entra en más detalles sobre la carrera de Uri y las carreras de otros psíquicos fraudulentos o autoengañosos.

28. Los poderes de la mente¹⁴⁷

La contracultura pop de nuestros días, especialmente entre los jóvenes, constituye una curiosa mezcla de máxima insensatez, mínima conciencia histórica, y un patético anhelo por los caminos de rosas (citando a Chico Marx). Para romper con las religiones establecidas, con la ciencia, la filosofía, la economía y la política, con las artes liberales y con cualquier cosa que exija tiempo y esfuerzo, dedíquense al rock, desordenen su vida sexual, mediten y claven una foto del Ruidoso Fromme en la pared.

George Jerome Waldo Goodman, alias Adam Smith, posee una mente clara, un gran talento y un notable olfato para detectar la última porquería de moda. Su primer *best-seller*, *The Money Game* (El juego del dinero), fue devorado por lectores de clase media ansiosos por dar un rápido salto de potro sobre el ascendente mercado de valores. Su nuevo *best-seller*, *Powers of Mind* (Los poderes de la mente) (Random House, 1975), será devorado por lectores de clase media ansiosos por encontrar la salud y la felicidad al instante.

Por supuesto, no se nombra la felicidad. Se habla de avivar la conciencia, expandir el espacio interior, intensificar la actividad vital. Para conferir falsa credibilidad a su breve recorrido de lo que él llama el «circuito de la conciencia», Smith practica la vieja técnica de inspeccionarse primero rápidamente a sí mismo. George Plimpton dedicó un tiempo considerable a hacer amistad con destacados atletas y a desarrollar sus mismas actividades antes de escribir sobre ello, pero Smith tiene más prisa. Un día aquí, otro allí, examina superficialmente referencias, hace llamadas telefónicas, enfatiza historias, improvisa algunas nuevas. ¿Que un «Indio Loco» dio a Smith unas flores en la estación de Pensilvania y éste recorrió luego el vagón entregando a todo el mundo una flor y diciendo «Namaste», que según le había contado el indio significaba «saludo a la luz que hay dentro de ti»? Perdóneme, Smith, pero lo dudo.

Ese estilo ametralladora de Smith es exactamente el adecuado para el reducido ámbito de atención de sus lectores. Tipo *Black Mask*¹⁴⁸. Apresurado, escueto y chistoso. Con profusión de frases de una sola palabra: «¡Tremendo!», «Peliagudo», «Sí». Aparecen continuamente nombres de pensadores de moda: Wittgenstein, Heidegger, Jung, Gurdjieff, Huxley (Aldous, por supuesto), Chomsky, Thomas Kuhn, Robert Ornstein, Teilhard de Chardin... Me olvidaba del Conde Korzybski, pero Smith debe admirarle porque también aparece allí. Cuando terminé de leer el libro me pregunté por qué no me había encontrado con el nombre de Karl Popper, pero resulta que en el apéndice del libro, la nota de pie de página número 21 (sobre el «paradigma» de Kuhn) termina diciendo: «Ninguna referencia a la historia de la ciencia, por pequeña que sea, debe omitir a Karl Popper y Michael Polanyi, especialmente a este último.»

Las maravillas anecdóticas de Smith se encadenan como los chistes de un número de Henny Youngman. «Recuerdo algo muy divertido que me ocurrió de camino al Centro de Meditación...» «A título de prolegómeno», Stewart Alsop presenta una inexplicable remisión de su cáncer iniciada después de un extraño sueño en el que se negaba a bajar de un tren en Baltimore. Norman Cousins se cura a sí mismo de una misteriosa enfermedad viendo viejas películas de los Hermanos Marx. Las palmas de las manos de una niña negra de diez años comenzaron a sangrar después de que leyera el relato de la Crucifixión. Un hombre drogado con LSD, que creía estar exponiendo sus argumentos a Sócrates, hablaba *en griego clásico*, ¡idioma que desconocía!» (La cursiva y el signo de exclamación aparecen en el original.) Algunos médicos dan a Smith pequeñas conferencias sobre placebos, sobre drogas, sobre el efecto Rumpelstiltskin (hablar de dolencias hace que el paciente se sienta mejor) y sobre investigaciones en materia de cirugía cerebral. Tras recibir instrucción de un maestro en *I Ching*, Smith pide su beneplácito para el libro sobre inversiones en una sesión de «rolfing». Más tarde, la propia Ida Rolf le dijo que no podía soportar a osteópatas y quiroprácticos y que los dos únicos «rolfistas» competentes en todo el mundo eran Ida Rolf y su hijo. Sigue un curso de

biorretroalimentación. Prueba con el yoga. Colabora con Montagne Ullman en el Laboratorio del Sueño del Maimónides en lo de las pelotas de ping-pong cortadas y colocadas sobre los ojos. Flota en el depósito de privación sensorial de John Lilly. Medio practica la TM y revela (¡qué vergüenza!) su mantra secreto.

Dedica varios capítulos a los deportes zen: el fútbol zen, el golf zen, el tenis zen (¿por qué no los bolos zen?). El gurú Maharaj Ji y el reverendo Sol Luna son tratados un poco por encima porque Smith no consiguió ponerse en contacto con ellos, pero sí logró verse con Uri Geller, y *piensa* que también con el evasivo Carlos Castañeda. No está seguro porque el hombre con el que habló le dijo que era el doble de Carlos. Esto no significa, entiéndanme bien, que este hombre simplemente *se pareciera* a Carlos. El «doble», citando un libro reciente de Doubleday sobre EEC (experiencias extra-corpóreas), «es el segundo cuerpo compacto: un organismo vivo, que respira, y es idéntico en aspecto y conducta al cuerpo físico». Se le puede fotografiar.

Baba Ram Dass juega un gran papel. Ram Dass es Richard Alpert, antiguo amigo inseparable de Tim Leary en Harvard antes de que ambos salieran tarifando. Alpert se fue a la India, y se hizo gurú. Hoy día es muy admirado en el circuito estudiantil de la conciencia, aun cuando su padre (presidente de la New Haven Railroad) le llama Rum Dum y su hermano mayor le llama Rammed Ass.

Ingo Swan, científico newyorkino que, como Uri Geller, ha sido declarado psíquico genuino por Puthoff y Targ (ambos físicos especializados en láser que realizan investigaciones psíquicas para el Stanford Research Institute), cuenta a Smith cómo proyectó su conciencia hasta Júpiter y Mercurio. Cuando Smith telefoneó a un funcionario de la NASA para preguntar si tenía conocimiento del viaje de Ingo a Mercurio, la respuesta fue: «No, no sabíamos nada, ni queremos saberlo y, por favor, no vuelva a llamar. No hemos patrocinado nada de eso. Todas nuestras exploraciones emplean viejos cohetes regulares.»

Ingo aseguró a Smith que el 95 por 100 de la totalidad de los llamados psíquicos son fraudes. Eso no reza, por supuesto, para él ni para Harold Sherman, el vidente

de Arkansas cuya conciencia acompañó a Ingo en ambas exploraciones. No oirán ustedes hablar mucho del viaje a Júpiter porque lo único que allí vieron que no aparecía en todo texto elemental de astronomía fueron enormes montañas en la superficie del planeta. Esto ocurrió inmediatamente antes de que un vuelo Pioneer revelara que Júpiter carece de superficie. Swann ha sido contratado recientemente para detectar petróleo. No utiliza ninguna horquilla, simplemente camina sobre el terreno y siente las vibraciones.

El capítulo más triste del libro, «El elevado valor de la nada», trata sobre el último y más candente de los nuevos caminos de rosas. EST no son las iniciales de T. S. Eliot al revés. Es el acrónimo de Erhard Seminars Training. ¿Erhard? Al principio fue Jack Rosenberg, quien se crió cerca de Filadelfia y fue durante mucho tiempo director de ventas a domicilio de una enciclopedia de *Parents Magazine*. Más tarde se incorporó a la cientología, pero esta distinguida iglesia le expulsó de su seno y se puso a trabajar para Mind Dynamics (Dinámica Mental), una empresa californiana hoy día fuera del mercado. Entonces fue cuando se le ocurrió lo de la EST.

El nombre no deja de ser interesante. Se parece a ESP (PES-percepción extra-sensorial), y rima con REST y ZEST¹⁴⁹ y sobre todo, suena casi igual que MEST, gran acrónimo de la cientología que abarca Materia, Energía, (e)Spacio y Tiempo. Según L. Ron Hubbard, los antiguos titanes, omnipotentes e inmortales, estaban aburridos de la eternidad. Para divertirse a sí mismos comenzaron a crear universos a base de MEST. Poco a poco, a lo largo de trillones de años, fueron enredándose en uno de sus mundos, y ¿quiénes son esos dioses caídos que han olvidado su procedencia? ¡Somos nosotros!

«Pero ha ocurrido algo —escribe Christopher Evans en su clarificador informe sobre la cientología que aparece en *Cults of Unreason* (Cultos de la sinrazón)—. Un hombre, Lafayette Ronald Hubbard, ha tropezado con el secreto, ha recordado todo lo relativo a él y nos conducirá de regreso hasta que dejemos de ser peones de ajedrez y recuperemos nuestra herencia de jugadores.»

La cientología es complicada. Hoy que leer muchos libros para captar la idea importante. Erhard dispone de un atajo más corto. EST significa «es» en latín. Lo que es, es. Lo que no es, no es. El universo es lo que es. No puede ser nada más. Es perfecto. Cada uno de ustedes es una de sus máquinas. Ustedes son lo que son. Ustedes también son perfectos. Poseen «libre albedrío», pero en sentido paradójico. Ustedes tienen que elegir lo que eligen. El secreto del satori es relajarse y disfrutar. «La idea global de hacerlo —dijo Erhard a Smith— es un moñigo.» De hecho, todo es un moñigo, incluyendo la EST. Una vez que has reconocido esta gran verdad y que no hay nada que conseguir, «lo consigues». Pierdes, desde luego, la cuota de iniciación de 250\$. Eso es lo que consigue la EST.

La idea de que la paz viene de la mano de la aceptación constituye una de las nociones más antiguas en materia de religión y filosofía. Miles de eminentes ateos, panteístas y teístas han afirmado esto mucho mejor que Erhard. Spinoza, por ejemplo, escribió elocuentemente en torno al modo en que la verdadera libertad acude únicamente a la persona que sabe que no tiene libertad. «En su voluntad está nuestra paz», escribía Dante.

No obstante, hay almas pobres, deseosas de estar informadas sobre los últimos caminos, que están pagando dinero para que se les hable de esto. Y se les está hablando en idiomas plagiados de una docena de cultos más y de forma cuidadosamente calculada para producir el máximo impacto, escándalo y la máxima publicidad. Una vez pagada la cuota de iniciación le encierran a uno en una habitación con todos los demás caminantes. No se puede fumar, ni comer, ni salir al cuarto de baño.

Cada sujeto es un tubo. Los alimentos sólidos y líquidos entran por un lado y salen por otro. «Les hacemos considerar su “tubitud” —dice Erhard a Smith—. Si no les permitimos hacer pis, por lo menos empezamos a lograr su atención.»

Son ustedes menos que un tubo. Son un ojete mecánico. Una dama de cabellos grises alza su mano para decir al instructor que podía manifestarse con menos vulgaridad. Smith está garabateando notas.

«Fern, cariño —dice el instructor— no son más que *palabras*... ¿Por qué les concedes a las palabras el poder de hacerte efecto, Fern? ¡No hay ninguna diferencia entre joder y espagueti!»

Fern se queda pasmada.

«Y para cuando termine este curso —sigue diciendo el instructor—, ¡serás capaz de ir a Mamma Leone's y pedir un plato de joder! ¡O de cantar a voz en grito una canción obscena!»

A la mañana siguiente Fern se levanta y canta la única canción obscena que conoce. Aplausos. Fern se ríe. Está empezando a conseguirlo.

«Sospecho que la EST continuará en alza porque la demanda es mayor que la oferta —dice Erhard a Smith—. Pero no quiero que me entienda mal. Yo no creo que el mundo necesite la EST, no creo que el mundo necesite nada, el mundo ya es y eso es perfecto.»

«Si nadie lo necesita, ¿por qué lo hace?»

«Yo hago lo que hago porque lo hago.»

Y porque, igual que Hubbard antes que él, Erhard (adviértase la coincidencia de las últimas letras de ambos apellidos) se está haciendo rico. Y ¿por qué no? Está envasando autoconocimiento instantáneo. Sin alboroto. Sin ejercicios. Sin necesidad de buscar la sabiduría del pasado, ni siquiera la de Hubbard. Sin instrucciones por escrito. Sólo paga la cuota, «consíguelo», díselo a tus amigos. Naturalmente, hay seminarios avanzados. Y cuestan más. El mes pasado leí que Erhard había donado una gran suma de dinero a un grupo de físicos contraculturales de California que desean investigar las leyes naturales que hay tras cosas tales como el doblamiento de cucharas de Uri. Acudan a la EST para adentrarse cada vez más en la PC. Es una buena PR.

¿Cómo resumiría yo mi reacción ante este libro superficial y plagado de oropeles? Resulta imposible adivinar cuáles son las ideas de Smith. La impresión global que produce es que están ocurriendo cosas extrañas que sobrepasan los límites del dominio de la ciencia establecida. No tiene nada serio ni interesante que decir

acerca de ninguna de ellas. Habrá quien desee leer el libro para enterarse de las trampas en que pueden caer sus parientes y amigos. Pero muy bien podrían esperar a que se editara en rústica.

Anexo

Adam Smith, por supuesto, no se preocupó por mi recensión. Me envió una airada carta personal y escribió otra mucho más suave a *NYR* que esta revista publicó en su número del 22 de enero de 1976:

Martin Gardner da a entender, en su recensión de Powers of Mind, que he escrito un libro rápido sobre un tema de moda. Cuando yo empecé a trabajar en este campo, el tema no estaba en absoluto de moda. Powers of Mind me llevó más de tres años de investigación, parte de ella en materia de psicología y fisiología, que Mr. Gardner no menciona. Me hicieron falta los tres años para asistir a muchos cursos, realizar más de trescientas entrevistas, y recopilar más de mil referencias. Entretanto, aparecieron oleadas de libros sobre meditación trascendental, la «respuesta de la relajación», la aplicación del zen y las artes marciales a los deportes y así sucesivamente —temas a cada uno de los cuales dedico un capítulo, o parte de un capítulo, en Powers of Mind. Si hubiera querido hacer algo rápido y de moda, ciertamente disponía del material suficiente para media docena de libros, ninguno de los cuales sería muy diferente de ciertos best-sellers actuales. No me opongo a la venta de libros por parte de los editores —que se da por supuesto acontece— pero obviamente ésta no era mi única intención.

A lo que respondí:

Cuando Adam Smith afirma que el tema de su libro no estaba en absoluto de moda tres años antes de que lo terminara, no puedo evitar preguntarme dónde vivía él entonces. La tendencia al encumbramiento de la conciencia (aproximadamente en paralelismo con la revolución del ocultismo y la de la

vuelta al fundamentalismo) nació mediada la década de los sesenta y se hallaba en plena forma cuando Smith inició su investigación. Considerese un simple dato: Cosmopolitan dedicó un número especial a la creciente preocupación de este país por la exploración de lo desconocido. Un artículo de este número se titula «Las drogas y los poderes ocultos de la mente». ¿La fecha? Enero de 1960. El zen y el yoga se habían puesto de moda, por supuesto, mucho antes de eso.

Casi todos los cultos que aparecen en el libro de Smith (excepto la EST) eran tema de conversaciones de cóctel en Manhattan a finales de los sesenta, especialmente en círculos teatrales y literarios. Todavía no se habían extendido a puntos como Houston y Omaha. En lo que se refiere a la «rapidez» de la investigación de Smith, solamente mencionaré que su larga bibliografía no contiene libros ni artículos críticos de ninguno de los movimientos o asertos científicos sobre los que escribe.

Martin GARDNER

Desde que se publicó esta recensión mía, se han escrito tantos libros y artículos atacando y defendiendo la est (ahora suele escribirse en letras minúsculas) que renuncio a intentar siquiera ofrecer una bibliografía. El mejor libro entre los que defienden a Erhard, lamento decirlo, está escrito por William Warren Bartley III, un filósofo que debería informarse mejor. Mantiene la tesis de que la est curó su insomnio. Sé de Bartley que es un devoto carrolliano y autor de *Lewis Carroll's Symbolic Logic* (Lógica simbólica de Lewis Carroll), publicado por la misma editorial (Clarkson Potter) que más tarde publicaría su *Werner Erhard-The Transformation of a Man: The Founding of est* (Werner Erhard. La transformación de un hombre: Fundamento de la est) (1978). En una ocasión recordé a Barthez que el obispo Berkeley había escrito un libro ensalzando las grandes virtudes medicinales del agua de alquitrán, pero no pudo ver semejanza alguna entre ese libro y su tributo a Erhard y a la est.

Para aquellos lectores que se hayan gastado un buen dinero en est, en TM, o en cualquiera otro culto nuevo teñido de misticismo oriental, y no hayan conseguido encontrar la paz ni la felicidad, les recomiendo el ejercicio siguiente. Durante veinte minutos, cada mañana y cada tarde, colóquense en posición de loto, cierren los ojos, dejen flotar en su conciencia una imagen de su gurú favorito, y canturreen una y otra vez ese antiguo mantra hindú: *Owah-Tanah-Siam*. Piensen en ello, Erhard podría aprobarlo incluso.